

Qué tiene de nuevo el argumento antiescético de D. Davidson¹

What's new in the anti-skeptical argument of D. Davidson?

Ricardo Joaquín Navia²
Universidad de la República

Resumen: Hace algún tiempo presenté un trabajo sobre “El argumento antiescético de Donald Davidson y sus innovaciones radicales”³. Más recientemente he leído algunos artículos sobre dicho argumento que plantean ciertas objeciones que me parece no son acertadas. Aquí pretendo analizar esas objeciones como forma de re trabajar las innovaciones que intentábamos resaltar en aquel artículo. La argumentación antiescética de Davidson consta de dos argumentos sucesivos: un argumento por la naturaleza verídica de la creencia y un argumento que se apoya en el externalismo semántico. Una primera objeción ha sido que la apelación al principio de caridad en el contexto de una respuesta al escéptico es asumir el punto en cuestión. Una segunda objeción es la de que apoyarse en el externalismo en una argumentación antiescética constituye una gruesa petición de principio, en tanto el externalismo presupone la existencia de objetos externos. Sin embargo, defenderemos que considerado globalmente el planteo externalista no constituye una presuposición falaz sino una suposición derivada por necesidad desde dentro mismo de la reflexión de matriz cartesiana. La tercera objeción que deseamos considerar tiene que ver con si ese modo de identificar causas nos da un mundo objetivo o sólo un mundo subjetivo. Nosotros entendemos que esos objetos identificados en la triangulación de los hablantes son los objetos del mundo público.

Palabras clave: externalismo, antiescepticismo, objetividad.

Abstract: Some time ago I presented a paper on “The anti-skeptical argument of Donald Davidson and its radical innovations” (see note 3). More recently I read a few articles that raised some objections to the argument which I think are not correct. In this article I analyze these objections as a way to rework the innovations that I tried to highlight in the previous article. The anti-skeptical argument of Davidson has two successive arguments, viz. an argument for the veridical nature of belief and an argument that relies on semantic externalism.

¹Una primera versión de este trabajo fue leída en el 1er Congreso de la Sociedad Brasileira de Filosofía Analítica, Unisinos, mayo 2010.

²Universidad de la República. Magallanes, 1577 casi Paysandú, Montevideo, Uruguay. E-mail: naviamar@adinet.com.uy.

³Ese trabajo fue publicado en 2010 por revista Areté del Depto. de Filosofía Universidad Católica del Perú.

A first objection was that the appeal to the principle of charity in the context of a response to the skeptic is to assume the point in question. A second objection is that relying on externalism in an anti-skeptical argument is a crude *petitio principii*, as externalism implies the existence of external objects. However, I will claim that considering the problem as a whole the externalist assumption is not a fallacious one but an assumption derived by necessity from within the very frame of Cartesian reflection. The third objection I wish to consider has to do with whether this method of identifying causes gives us an objective world or just a subjective one. I think that these objects identified in the speakers' triangulation are the objects of the public world.

Key words: externalism, anti-skepticism, objectivity.

El contexto teórico del argumento

El argumento de Davidson contra el escepticismo global aparece fundamentalmente en "Una teoría coherencial de la verdad y el conocimiento" de 1983 y en "El método de la verdad metafísica" de 1977, pero tiene importantes apoyos en varios otros artículos tanto anteriores como posteriores a éstos. Nuestro análisis seguirá básicamente su estrategia en "Una teoría coherencial...", con ocasionales remisiones a pasajes de algunos de sus otros artículos.

Antes de avanzar es necesario aclarar que tomaremos como escepticismo a la doctrina que sostiene la posibilidad de que la realidad sea muy diferente de cómo a nosotros nos parece que es, y de que, consiguientemente, un número muy importante de nuestras creencias pueden ser falsas, incluyendo las creencias sobre la existencia del mundo exterior, de mi propio cuerpo y de las otras mentes.

Por razones que aparecen en otros trabajos, Davidson desea rescatar la idea correspondentista de la verdad pero sabe que es imposible una confrontación de la realidad con el contenido de los enunciados. Por otro lado, si adoptamos una teoría coherentista se plantea el problema de que dos conjuntos de enunciados incompatibles podrían ser ambos verdaderos a la vez, con lo cual caeríamos en el relativismo. Ante ello, la solución de Davidson será tratar de superar esta aporía mediante un argumento donde de algún modo "la coherencia genere correspondencia". Aunque, para eludir las citadas dificultades, se va a tratar de una "coherencia" y de una "correspondencia" muy especiales. Una correspondencia "sin confrontación" y una coherencia no entre enunciados sino entre creencias, o, en sus palabras, entre "oraciones que son verdaderas para alguien que las entiende".

El trabajo "Verdad y conocimiento: una teoría de la coherencia" comienza reseñando que ante una teoría de la coherencia, el desafío escéptico se plantea "¿por qué no podrían todas mis creencias ser coherentes entre sí siendo al mismo tiempo falsas acerca del mundo real?" (Davidson, 1992a, p. 78). Dicho de otro modo, una teoría de la coherencia debería proporcionar al escéptico razones para demostrar que las creencias coherentes son además verdaderas. Por otro lado, entre quienes no se adhieren a las tesis coherentistas, diversas teorías han intentado fundamentar las creencias en un no-enunciado; sea a través de la percepción sensible, sea a través de algún tipo de intuición autoevidente, pero parece claro que hoy están en franco descrédito. Según nuestro autor, todas ellas han fracasado, pues la relación entre una sensación y una creencia no es de carácter lógico, dado que las sensaciones no son creencias ni ningún otro tipo de actitud proposicional. Por tanto, para Davidson jamás podremos establecer una relación de justificación epistémica entre una sensación y una creencia. Las sensaciones tienen sí una relación con las creencias pero es una relación de causalidad y no una relación epistémica. Una creencia sólo

se puede justificar a partir de otra creencia. Aún si se postulase que las sensaciones justifican a las “creencias en las sensaciones” como se sostuvo tratando de acortar el hiato, cosa que no consigue, subsistiría aún el problema de cómo esas creencias en sensaciones justificarían a las creencias en objetos y hechos externos que es nuestro objetivo antiescético. Ningún refinamiento holístico o neurofisiológico – a la Quine – puede salvar este problema.

Concluye pues Davidson:

La moraleja es obvia: puesto que no podemos tomar juramento de veracidad a los intermediarios, no debemos permitir intermediarios entre nuestras creencias y sus objetos en el mundo. Desde luego, hay intermediarios causales. De lo que debemos guardarnos es de los intermediarios epistémicos (Davidson, 1992a, p. 83).

Esta insalvable dificultad epistemológica tiene un correlato y un refuerzo a nivel de cierta filosofía del lenguaje, puesto que determinar el significado de una oración implica definir sus condiciones de verdad. También aquí el fundacionista – el no coherentista – intentará ubicar aquello que justifica la aserción en “rocas no verbales”, reproduciéndose las dificultades que ya describimos. Aún filósofos postempiristas como Quine y Dummett todavía intentaban anclar el significado en algunas formas de experiencia; con lo cual se reabría la puerta al escepticismo, puesto que un número indefinido de las oraciones que tenemos por verdaderas podrían ser falsas exactamente por los mismos argumentos.

Parece, entonces, que nos encontramos ante un dilema:

La búsqueda de un fundamento empírico para el significado o para – [la verdad de] – el conocimiento conduce al escepticismo, mientras que una teoría de la coherencia parece estar en aprietos cuando se trata de proporcionar a un sujeto de creencias alguna razón para creer que sus creencias, si son coherentes, son verdaderas. Estamos atrapados entre una respuesta errónea al escéptico y la falta de respuesta (Davidson, 1992a, p. 83).

Sin embargo, para Davidson éste no es un dilema genuino y anuncia:

Lo que se necesita para responder al escéptico es mostrar que alguien que posea un conjunto de creencias (más o menos) coherente tiene una razón para suponer que sus creencias no son en su mayor parte erróneas (Davidson, 1992a, p. 86).

El argumento de Davidson

La argumentación antiescética de nuestro autor consta de dos pasos, que algunos autores han incluso entendido como dos argumentos sucesivos.

- (i) un argumento por la naturaleza verídica de la creencia
- (ii) un argumento que se apoya en el externalismo semántico o explicación causal del significado

Naturaleza verídica de la creencia

(i) Luego de las aproximaciones que reseñamos más arriba, el artículo que analizamos sintetiza lo que va a ser el primer argumento, diciendo:

Insistiré en el hecho de que una comprensión correcta del habla, creencias [...] y otras actitudes proposicionales [...] lleva a la conclusión de que la mayoría de las creencias de una persona han de ser verdaderas, de modo que hay una presunción legítima a favor de la verdad de cualquiera de ellas si es coherente con la mayoría de las demás (Davidson, 1992a, p. 86-87).

Davidson parte de considerar que los significados y las creencias son interdependientes. Los significados dependen de circunstancias externas y de la relación con la trama de creencias; pero las creencias, a su vez, dependen de los significados que componen las oraciones en que se expresan dichas creencias. Por tanto, si los desconocemos a ambos, deberemos partir de otro elemento que no los presuponga.

Fue el aporte de Quine en el intento de eludir supuestos en la traducción radical la idea de partir del "asentimiento inducido", esto es, basarse exclusivamente en la relación entre la aceptación de una oración y aquello que causa dicho asentimiento.

Davidson lleva el procedimiento del asentimiento a la situación de "interpretación radical". La interpretación radical supone una situación donde un hablante emite preferencias en un lenguaje que el intérprete no conoce pero debe entender a partir del asentimiento inducido en relación a hechos u objetos del entorno. El intérprete no conoce ni el significado de las oraciones ni las creencias del hablante.

La estrategia de Davidson en la interpretación radical consiste en presuponer la verdad de las preferencias para ir determinando los significados en relación a hechos del entorno. Cuando el hablante profiere una oración a la que regularmente asiente bajo condiciones que el intérprete reconoce, el intérprete considera a estas condiciones como las condiciones de verdad de la oración del hablante. Como se ve, se está aplicando el llamado Principio de Caridad, se presupone que la emisión es verdadera desde la hipótesis interpretativa del intérprete. Asimismo, se habrá de reconocer en el hablante un pensamiento coherente según las pautas de coherencia del intérprete. Davidson aplica estos dos principios por ser los únicos que al estabilizar las condiciones semánticas y sintácticas mínimas, le permiten ir hipotetizando significados. Si las creencias del hablante fuesen sistemáticamente falsas, no podríamos atribuirle creencias ni descubrir el significado de sus frases. Claro que también pueden hipotetizarse bicondicionales falsos, pero este tipo de error es paulatinamente eliminado dado el carácter holista y coherentista de la interpretación. La acumulación progresiva de estas relaciones va discriminando interpretaciones correctas de interpretaciones incorrectas.

No se trata de que todas sean verdaderas, pero sí de que lo son la mayoría; mayoría a partir de la cual se puede detectar el error de las falsas.

A diferencia de lo que hace la filosofía clásica del lenguaje, que parte de una comprensión ya supuesta de los términos para luego ver la relación con la realidad, este procedimiento intenta reproducir el proceso de gestación de los significados, en relación al entorno.

Si bien hasta este momento Davidson está hablando de una construcción metodológica, la no opcionalidad metodológica de los principios de caridad habla además de la no opcionalidad de estos principios en los actos de constitución del significado y de las creencias básicas. Por lo tanto, la presunción de verdad está pasando de ser un principio metodológico a ser una hipótesis sobre lo que realmente acontece con el estatuto de verdad de la mayoría de las oraciones de un hablante que entra en comunicación con otro, aunque esto último va a ser directamente explicado recién en el segundo argumento (externalismo).

Concluye esta parte del argumento señalando:

...si es correcta la explicación que he dado de las relaciones entre creencia y significado y de su comprensión por parte de un intérprete, entonces la mayoría de las oraciones que un hablante tiene por verdaderas – [...] - son verdaderas, al menos en opinión del intérprete (Davidson, 1992a, p. 91).

Ahora bien, si el argumento de Davidson se quedara en esto, la idea de que la mayoría de las oraciones son verdaderas podría simplemente ser el resultado de un modo de interpretación de nuestra parte, pero la verdad de las creencias del hablante seguiría sin estar probada y la existencia de los objetos podría ser una ficción de ambos sujetos y hasta de un único sujeto interpretando a un interlocutor imaginario. Es aquí donde entra a operar el segundo argumento de nuestro autor. En “Una teoría coherencial...” este segundo argumento no está desarrollado pero sí hay dos fuertes adelantos de él. Leemos:

Lo que se opone al escepticismo global de los sentidos es, en mi opinión, el hecho de que en los casos más simples y metodológicamente más básicos, hemos de considerar a los objetos de una creencia como las causas de esa creencia y lo que nosotros, en cuanto intérpretes, hemos de considerar que son es lo que de hecho son. La comunicación empieza allí donde convergen las causas: tu emisión significa lo mismo que la mía si la creencia en su verdad es causada sistemáticamente por los mismos eventos y objetos (Davidson, 1992a, p. 93-94).

Dicho brevemente: la mayoría de las creencias del hablante sobre su entorno, especialmente “aquellas que... guardan cohesión con el cuerpo principal de sus otras creencias, son en general verdaderas” dada la naturaleza causal de la creencia.

El externalismo

(ii) Efectivamente el segundo argumento es el externalismo del significado (y de la epistemología). La tradición filosófica de matriz cartesiana parte de la idea de que no hay ninguna relación necesaria entre el mundo interno de la mente y el mundo externo. Una vez aceptada esta separación radical cualquier pensamiento sobre el mundo podía ser falso; los únicos pensamientos que son autoevidentes son los que versan sobre nuestros propios pensamientos, luego la epistemología internalista sostiene que la justificación de cualquier creencia sólo puede apoyarse en las propias creencias o percepciones del sujeto.

Aún más, luego de separar mente y mundo, el internalismo, tanto de orientación racionalista como empirista, procura explicar el conocimiento por medio de entidades intermedias que representarían el mundo para la mente (sense data, impresiones, etc.). Es allí donde se abre la posibilidad de la duda escéptica: ¿qué garantiza que estas entidades intermedias representan adecuadamente a los objetos del mundo? El escepticismo nace precisamente de la dificultad de responder a esta cuestión desde una concepción internalista.

Davidson abandona totalmente este cuadro. Parte de una concepción externalista en semántica. Los contenidos de una creencia tienen una relación causal con los objetos que expresan, por tanto la creencia es básicamente verídica por naturaleza, lo que ahora hay que explicar es el error no la verdad.

Si el externalismo es verdadero, no puede haber una pregunta general adicional acerca de cómo es posible el conocimiento del mundo externo [...] Desde luego el externalismo no muestra que un juicio perceptivo particular [...] no pueda ser erróneo. Lo que muestra es por qué no puede ocurrir que la mayoría de tales juicios sean erróneos, ya que el contenido de los juicios erróneos ha de descansar sobre el de los juicios correctos (Davidson, 1992b, p. 156-157).

Davidson se dirige en otros trabajos a una razón para aceptar el externalismo y expresa:

Consideremos en primer lugar, una situación primitiva de aprendizaje. Cierta criatura es educada, o aprende de algún modo, a responder de forma específica a un estímulo o a cierta clase de ellos [...] El niño balbucea y cuando emite un sonido como "mesa" en presencia de mesas es recompensado distintivamente; muy pronto el niño dice "mesa" en presencia de mesas [...] (Davidson, 1992c, p. 157).

Y esta explicación genética es complementada con su concepto de la triangulación, cuando escribe:

Es una forma de triangulación: una línea parte del niño en dirección a la mesa, otra línea parte de nosotros en dirección a la mesa y la tercera va de nosotros al niño. El estímulo relevante se halla allí donde convergen las líneas del niño a la mesa y de nosotros a la mesa... La cuestión consiste en dos perspectivas privadas que convergen para marcar una posición en el espacio intersubjetivo (Davidson, 1992c, p. 159).

Pero para el concepto de lo objetivo se necesita un paso más. Esta triangulación debe completarse con el aspecto comunicativo:

Únicamente la comunicación puede proporcionar ese concepto, pues tener el concepto de objetividad, el concepto de objetos y acaecimientos que ocupan un mismo mundo compartido [...] cuyas propiedades y existencia es independiente de nuestros pensamientos, requiere que nos percatemos del hecho de que compartimos pensamientos y un mundo con los demás (Davidson 2003, p. 277-278).

Es decir, la triangulación identifica los objetos del espacio común y la comunicación nos da la idea de verdad objetiva, de pauta que nos rige y está más allá de cada uno de los hablantes.

Objeciones y posibles respuestas

(i) Una primera objeción ha sido que por más que el principio de caridad se presente como un requisito metodológico indispensable para la interpretación, presuponer que la mayoría de las creencias de un hablante han de ser verdaderas, en el contexto de una respuesta al escéptico, es asumir el punto en cuestión.

Me da la impresión de que esta objeción tendría una respuesta breve y otra más de fondo. La breve es que Davidson reconoce que eso es una presuposición pero no una prueba de la verdad de las oraciones sobre los objetos de un mundo exterior. Una respuesta más de fondo apuntaría, como ya lo esbozamos, a que esta situación de interpretación radical, de alguna manera, "espeja" la situación de

génesis y funcionamiento real del significado y la verdad, que luego el autor explicita en la idea ya propiamente genética de triangulación.

(ii) Una segunda objeción es la de que apoyarse en el externalismo en una argumentación antiescética constituye una obvia y gruesa petición de principio, en tanto el externalismo presupone la existencia de objetos externos. En efecto, el externalismo sostiene que “las palabras y pensamiento son, en los casos más básicos, necesariamente sobre tipos de objetos y acontecimientos que comúnmente los causan” (Davidson, 1992b, p. 60).

Creo que el debate en torno a este punto es relevante porque evidencia la radicalidad del cambio de perspectiva propuesto por Davidson, porque: qué presupone a qué, depende a su vez, del conjunto de supuestos desde el que estamos evaluando esas relaciones de presuposición. Es verdad que el externalismo supone la existencia de objetos externos pero no lo hace gratuitamente sino como única forma de explicar la existencia de criterios de corrección, un resultado directo del argumento contra el lenguaje privado de Wittgenstein, formulado desde dentro mismo de un pensamiento de primera persona. Por su parte, la posición clásica se abstiene de suponer objetos pero luego no logra explicar de dónde sacamos los significados y los criterios de corrección. Es imposible identificar creencias y significados y sólo después preguntar por sus causas. Si damos por asegurada la comunicación, y por tanto los significados, podemos saber lo que cree una persona con independencia de lo que causó que lo creyera, pero eso es una situación ficticia que presupone lo que no ha explicado (significados).

Considerado pues globalmente el planteo externalista no constituye a mi modo de ver una presuposición falaz sino una suposición derivada por necesidad desde dentro mismo de la reflexión de matriz cartesiana; con clara ventaja explicativa sobre su alternativa. El planteo cartesiano no asume la existencia de objetos externos a costa de suponer pensamientos sin relación causal, pero eso le quita – no solo la posibilidad de responder al escéptico – sino la posibilidad de explicar su propia capacidad para distinguir entre lo correcto y lo incorrecto.

(iii) La tercera objeción que deseamos considerar tiene que ver con “la manera [...] en que la causa determina el significado de nuestras preferencias o el contenido de nuestros pensamientos y creencias” (Junqueira Smith, 2004, p. 68) y, enfocado desde otro ángulo, si ese modo de identificar causas nos da un mundo objetivo o sólo un mundo fenoménico que es la objeción del citado filósofo brasileño.

Por cierto, el externalismo mueve a preguntar: ¿de qué modo un objeto determina el significado de una oración? Si tenemos en cuenta que los objetos no se “autoidentifican”, surge la interrogante: ¿de qué modo se recorta de la realidad la parte relevante que genera un significado y a la que luego aludimos con la palabra?

Davidson admite que no sólo es necesaria la convergencia de la mirada de dos sujetos para que se transforme la mera impresión sensorial en una sentencia sobre el objeto, sino que además es necesario que, como resultado de esa misma convergencia, los sujetos recorten un aspecto, una forma de concebir al objeto. Solo entonces estaríamos pasando del nivel sensorial al nivel proposicional. Pero precisamente Plinio Junqueira observa que, si esto es así, entonces:

El significado de la sentencia proferida dependerá menos, por tanto, del hecho de haber sido causada (en verdad, no dependerá en absoluto de su causa) que del hecho de que los hablantes aceptan que esa supuesta causa contribuye para el significado de la sentencia proferida [...] La causalidad no determinaría el contenido sino por la intervención humana en una situación de comunicación (Junqueira Smith, 2004, p. 69).

En esto, Davidson admite:

[...] además de ser una causa de esos pensamientos, lo que hace que un aspecto particular de la causa de las respuestas del aprendiz sea el aspecto que les dote del contenido que tienen es el hecho de que este aspecto de la causa es algo compartido por instructor y aprendiz (Davidson, 2003, p. 278).

Es decir, para Davidson no se trata solo de encontrar una causa común sino que es esencial la comunicación que se establece entre profesor y aprendiz.

Solamente la comunicación puede proveer el concepto pues tener un concepto de objetividad, conceptos [...] de objetos y acontecimientos cuyas propiedades y existencia es independiente de nuestros pensamientos, exige que estemos conscientes del hecho de que compartimos pensamientos y un mundo con otros (Davidson, 2003, p. 278, *in* Junqueira Smith, 2004, p. 70, traducido por versión española).

En base a todo ello, Plinio Junqueira interpela:

[...] si el contenido de nuestras creencias ya no es determinado por un objeto [...] sino por aquel objeto o acontecimiento que los hablantes en comunicación entienden que sea la causa de la preferencia, entonces, es posible, como supone el escéptico, que el mundo, tal como es en sí mismo, no sea conocido [...]

[...] ya que nuestras creencias estarán asociadas no a un mundo real tal como él es objetivamente, sino solamente al mundo tal como nosotros lo concebimos y pensamos. [...] el escéptico nunca cuestionó el mundo tal como él se nos aparece; lo que él cuestionó es si el mundo es tal como se nos aparece (Junqueira Smith, 2004, p. 70, traducido por mí).

La objeción consiste en que si son los hablantes los que definen la causa relevante, entonces el mundo al que accedemos no sería el mundo sino una apariencia de mundo, nuestra perspectiva sobre él sería altamente subjetiva.

La diferencia que tenemos en esto con Plinio Junqueira es que nosotros entendemos que esos objetos identificados en la triangulación de los hablantes son los objetos del mundo público. Es esa triangulación, y las sucesión de triangulaciones que generan una comunidad lingüística, las que definen el espacio público. Lo público, lo objetivo no es otra cosa que el espacio intersubjetivo donde se juntan las líneas que parten de los sujetos, pero que luego trascienden a esos sujetos imponiéndose como los objetos para quienes van ingresando en la comunidad lingüística. Se parte de perspectivas personales y de intereses particulares pero se define un espacio que es intersubjetivo, aunque esto no lo hace inmune a ciertas limitaciones de la especie y a ciertas perspectivas e intereses comunitarios, ahora elevados al rango de intersubjetivos. En palabras del propio Davidson:

No necesitamos entonces, preocuparnos por la dependencia del concepto de causa de nuestros intereses; son nuestros intereses compartidos, nuestra similaridad de respuesta compartida, lo que decide lo que nosotros contamos como una causa pertinente. La ciencia es verdad, se esfuerza por superar la relatividad de interés de la causalidad ordinaria. Pero la ciencia puedes sin prejuicio o circularidad notar los hechos sobre naturaleza humana que reflejan intereses: los hechos sobre lo conspicuo, la atención y tendencias a generalizar de algunas maneras en lugar de otras (Davidson, 2005, p. 61)⁴.

⁴ Cito según traducción inédita de Carlos Caorsi (2008).

Este mundo de objetos públicos sí que es cuestionado por el escéptico global sobre los sentidos, en tanto está sostenido en criterios de corrección plus-individuales que dan sentido a nuestra lengua, los únicos objetos que el escepticismo global no cuestiona son los objetos subjetivamente representados en nuestra mente.

Que esos objetos no son objetivos en el sentido de que no están desprovistos de un “perfil de recorte” que se originó en sujetos y en comunidades determinados, es verdad; pero sí son objetivos en el sentido de que una vez instituidos están más allá de la voluntad de los sujetos. La diferencia que tenemos con Junqueira es que es a este mundo al que cabe llamar objetivo; el otro – que podríamos imaginar – como desprovisto de toda huella humana, ese nos resulta inaccesible y es el mundo en sí de la metafísica clásica que ya Kant nos aconsejó no perseguir.

Referencias

- DAVIDSON, D. 1992a. Verdad y conocimiento: una teoría de la coherencia. In: D. DAVIDSON, *Mente, mundo y acción*. Barcelona, Paidós Ibérica, p. 73-97.
- DAVIDSON, D. 1992b. El mito de lo subjetivo. In: D. DAVIDSON, *Mente, mundo y acción*. Barcelona, Paidós Ibérica, p. 51-71.
- DAVIDSON, D. 1992c. Las condiciones del pensamiento. In: D. DAVIDSON, *Mente, mundo y acción*. Barcelona, Paidós Ibérica, p. 153-161.
- DAVIDSON, D. 2003. La externalización de la epistemología. In: D. DAVIDSON, *Subjetivo, intersubjetivo, objetivo*. Madrid, Cátedra, p. 222-243.
- DAVIDSON, D. 2005. Meaning, Truth and Evidence. In: D. DAVIDSON, *Truth, Language and History*. New York, Oxford University Press, p. 47-62.
- JUNQUEIRA SMITH, P. 2004. Davidson, externalismo e ceticismo. *Revista de Filosofia Aurora*, 16(18):57-74.

Submitted on April 25, 2011
Accepted on October 6, 2011